

Idioteces de los idiotas, y otras tonterías...

Por

EM Ariza

Freeditorial 

Estar aburrido es un mal asunto, porque es la mejor forma que tenemos los seres humanos para crear pensamientos y dudas de todo: sobre los demás, sobre uno mismo, sobre el matrimonio, sobre el cielo y la tierra, sobre los políticos, sobre el calentamiento global, sobre los hijos, amigos, etc. En fin, sobre cualquier cosa.

Debe ser así porque, la verdad, yo cuando estoy recapacitando en los temas importantes como el futbol o la política no soy capaz de pensar. O mejor, no necesito pensar. Zoilo me dice que eso sucede porque son actividades indignas de pensamiento alguno. No sé lo que quiere decir con esto, pero seguro que tiene razón.

El caso es que andaba aburrido, porque con este calor del verano ni siquiera podía salir a dar un paseo por las calles sin serio riesgo de derretirme, cuando me acordé de una frase que escuché recientemente con motivo de una disputa por cuestiones económicas entre miembros de una misma familia. La frase fue: “*¡Maldito dinero!*” Al parecer se desahogaron con ella, pues hacían responsable a éste de las desconsideraciones verbales expresadas en la susodicha disputa.

Pero ¿tenían razón al descargar la responsabilidad de su ira y mala educación sobre el dinero? ¿O eso es una estupidez igual a la que significa maldecir el hierro porque alguien mata a otro con un cuchillo fabricado en dicho metal? ¿O una tontería como sería injuriar al marisco porque alguien se pone enfermo tras un atracón? ¿O una idiotez como criticar al alcohol, eficaz desinfectante para las heridas, porque algunos individuos se emborrachan? ¿O una simpleza, como creer a un político cuando dice “*mi gobierno ha realizado un gran esfuerzo destinando ayudas a los más necesitados*” cuando, en realidad, eres tú quien has hecho el esfuerzo porque eres quien paga esas ayudas con tus impuestos? ¿O una sandez como comprar una crema antiarrugas porque la viste en un anuncio aplicándosela una hermosa adolescente de 18 años? ¿O una majadería como es una novia vestida de blanco en sus terceras nupcias? ¿O una necedad como confundir al maltratador de mujeres con la hombría? ¿O una bobada como dar agua a los patos del estanque?

Así que, como no tenía cosa mejor que hacer, me puse a pensar sobre ella. Me estoy refiriendo a la frase sobre el dinero, por si usted lo había olvidado tras tantas interrogantes.

Hace tiempo Zoilo, en una de sus clases magistrales, me había informado de que el dinero, junto el fuego, la rueda y la penicilina, es uno de los grandes inventos del hombre. Afirma que sin él seríamos incapaces de alimentar a los miles de millones de seres humanos que habitamos este planeta. Que el

arcaico sistema de intercambios de bienes sirve sólo si es utilizado entre muy poca gente, y que por tanto es incorrecto lo que afirman algunos melancólicos de la idiotez cuando asocian dicha forma de intercambio de bienes a una supuesta sociedad ideal. Por el contrario, habría todavía mucha más hambre y guerras de las que ya tenemos.

Toca reflexionar a estos respectos.

“Por ejemplo” –pensé intentando situarme mentalmente en una sociedad donde el dinero no existiera- “¿Por qué cosa podría yo cambiar mi periódico deportivo diario que es uno de mis bienes máspreciado? ¿Por un vaso de leche de cabra?” “No” –me respondí con decisión- “porque a mí no me gusta la leche de cabra”. Así que seguí reflexionando: “¿Por un puñado de arroz? ¿Y qué hago yo con él si no sé hacer ni una mala paella? Entonces... ¿por qué cosa podría cambiar mi periódico?”

De pronto se me ocurrió. Tal vez podría cambiarlo por una pastilla de jabón. Esta sí la uso con frecuencia.

Intenté mentalmente explorar este nuevo campo de posibilidades. Cambiar cultura, es decir mi periódico deportivo; por higiene, es decir el jabón, no suena mal. Pero de golpe caí en la cuenta de que mi periódico es diario, y yo no voy a consumir una pastilla diaria de jabón, por muy limpio que sea.

Este problema necesitaba solución urgente. La única que se me ocurrió, tras bastante tiempo de meditación, es que fuese acumulando día a día pastillas de jabón, según las voy intercambiando por mi periódico de todos los días, y después, como me sobrarían muchas, las intercambio por otra cosa. ¡Buena idea! Pero ¿por qué cosa?

“Por unos filetes de pollo.” Resolví en un instante de lucidez. No sería un mal intercambio siempre que al individuo que se lo fuese a cambiar le hiciesen falta varias pastillas de jabón. Supongamos que sí. Que él me da los filetes de pollo por mis pastillas de jabón.

¿Y ahora qué hago con tanto pollo? Porque me crea otra complicación, ya que no aguantan mucho sin congelar los filetes que no consuma inmediatamente.

Vale, resuelto el problema, sólo tendría que encontrar alguien que estuviese dispuesto a proporcionarme un congelador con el fin de poder congelar el pollo que me sobra. ¿Y qué tendría que dar yo al poseedor del congelador para que le interesara intercambiármelo? ¿Varios números del periódico deportivo? No creo que los aceptase porque tendrían que ser números atrasados –no le iba a dar varios iguales del mismo día- y por tanto serían noticias retrasadas, así que seguramente no le interesarían lo más mínimo pues ya conocería dichas noticias.

Mi reflexión continuó ¿Tal vez por un montón de pastillas de jabón de las que había ido acumulando a cambio de mis periódicos? ¡Ahora que caigo no puede ser, pues ya las había intercambiado por los filetes de pollo! Y además ¿cuántas pastillas tendría que darle por el congelador? ¿Cómo se negocia eso?

Nueva idea “¿Lo intercambio por los filetes de pollo sobrantes de los que había cambiado por las pastillas de jabón?” –Me dije, pero un rato más tarde caí en la cuenta- “¿Entonces para qué necesito el congelador si me quedo sin el pollo?”

Menudo lio. No lo veía nada claro.

Y aquí nace otra dubitativa reflexión en mí ¿Qué tiempo tardaría en llegar a estos acuerdos? ¿Sería tanto que no tendríamos tiempo de fabricar o cultivar productos para intercambiar? Entonces, ¿qué puñetas intercambiamos si no tenemos nada?

La conclusión definitiva es que es una estupidez eso de ¡Maldito dinero! Una vez más Zoilo tiene razón. Deberíamos gritar: ¡Bendito dinero! Aunque quede mal decirlo.

Zoilo dice que sin el dinero jamás podrían vivir sobre la Tierra más que unos pocos cientos de miles de personas, y repartidas por las zonas templadas del planeta. Que la moneda es la representación de la suma de bienes y servicios que cada país produce. Es decir, una especie de cheque al portador por el que dicho país te lo cambiará por bienes suyos de valor equivalente. Es por eso que cuando la producción de bienes de una nación va mal el valor de su moneda cae en picado; primera lección de economía que, aunque usted no lo crea, la mayor parte de políticos que gobiernan nuestros países no tienen ni idea de ella. Así nos va.

Evidentemente esta respuesta nace de Zoilo que en su día me iluminó a estos respectos, como yo ahora los ilumino a ustedes.

Yo casi la entiendo, aunque no del todo. Pero lo que sí entiendo perfectamente es que eso del intercambio de bienes en un mundo sin dinero está muy bien, pero sólo en los cuentos infantiles.

En fin, la verdad es que las personas solemos repetir muchas frases tópicas –como esa sobre el dinero- sin la más mínima comprensión de lo que realmente significan, aunque lo hacemos convencidas de que son verdades incuestionables.

Pongo otro ejemplo de ello. Seguro que, en referencia a algún alimento o medicamento, usted ha oído decir muchas veces eso de “Es muy sano, porque es un producto natural”, como si eso de ser un producto natural fuera una garantía de bondades indiscutibles.

Para reflexionar sobre esto no me hace falta Zoilo. ¡Hasta ahí llego! La cicuta, los mosquitos, la serpiente de cascabel y los políticos son productos naturales, y, sin embargo, todos ellos dañinos para la salud.

O esta otra frase idiota, que tanto se utiliza con referencia a alguna noticia vista en la pequeña pantalla: “Es verdad, lo vi en la televisión”. Como si verdad y televisión no fueran dos conceptos antagónicos.

También en nuestros conocimientos de la historia tenemos grandes lagunas tontas. Aquí tengo que volver a usar de nuevo la sapiencia de Zoilo, pues ésta es como la Biblia, totalmente irrefutable. Aunque, ahora que lo pienso mejor, tal vez debiera haber usado un símil más afortunado porque no sé si esa es otra frase idiota, pues la Biblia muy fiable, muy fiable... En fin, ya sabe lo que quiero decir: el mundo construido en seis días; la mujer sale de la costilla del hombre; una serpiente hablando con Eva; unas trompetas derriban una muralla... Todo muy raro.

Pero dejemos esto y volvamos a las verdades de la historia que, igual que las frases expuestas anteriormente, las damos por ciertas.

Por ejemplo, todos tenemos la opinión de que el Cardenal Richelieu -el de los Tres Mosqueteros- fue un mal sujeto. Pero parece ser que la realidad no fue esa, y que era él, precisamente, el sostenedor leal de su rey, el cual era medio imbécil. ¿Pero por qué tenemos tan mala opinión del pobre cardenal? La respuesta está en Alejandro Dumas, que con sus novelas nos lo ha descrito con bastante poco apego a la realidad. Por cierto, este sí que era un fante. Me refiero a Dumas. Se cuenta que no escribía sus libros, los cuales hacían sus “negros”, y tanto es así que un día en que acababa de publicar uno le preguntó a su hijo: “¿Has leído mi nueva novela?” A lo que dicho hijo respondió: “Yo sí. ¿Y tú?”

En definitiva, parece que creamos nuestras *Verdades* con lo que nos cuentan novelistas y cineastas.

Si no, mire este otro ejemplo de *verdad histórica* que no es verdad, aunque todos la creemos. Me refiero a Ben-Hur. Más o menos todo el mundo ha visto la película, y algunos han leído la novela. Pues bien, la clave de ambas está en los capítulos donde el protagonista es condenado a galeras; tras ello salva al almirante romano y éste lo adopta como hijo. ¡Qué gran historia, si no fuera porque los romanos jamás condenaban a nadie a galeras y en sus barcos remaban los soldados de las legiones! Dice Zoilo que no fue hasta la cristiana Edad Media cuando este tipo de castigo fue implantado.

En fin... ¿ve usted como los días de verano son tan largos que deberían prohibirlos para no dar ocasión a pensar tanto? O al menos se debería sacar una ley que los acortara, pues, como te aburres, terminas viendo más

televisión de lo normal, con lo que te aburres todavía más.

Hablando de verdades y mentiras, y encontrándome practicando la mencionada actividad televisiva antes señalada, es cuando tuve ocasión de ver un anuncio de Peugeot que consistía en lo siguiente: un carro de dicha marca corría a toda velocidad por una planta alta de un edificio, y de pronto saltaba al vacío para después aterrizar perfectamente, sin un solo rasguño, sobre la azotea de otro edificio. El piloto era un mono. Hasta ahí todo normal.

Pero lo curioso es que durante todo el desarrollo del spot se podía leer una advertencia que decía: *“Peugeot advierte que estas escenas han sido rodadas por especialistas en circuito cerrado. No lo intestes hacer tú”*.

Mi mente se disparó: ¿Tan idiota somos que existe el peligro de que alguien pueda creer que esas imágenes son ciertas? ¿Tan cortos de entendederas somos que no sabemos que son sólo trucos de imágenes?

Mi inevitable conclusión fue la siguiente: Si alguien cree que se pueden hacer cosas así con un automóvil, es claro merecedor de estrellarse intentándolo. Así que ruego a los señores de Peugeot que eliminen esas advertencias, y si algún descerebrado quiere imitar las imágenes del anuncio televisivo que lo haga, y que se estrelle. Se lo merece, y su ausencia no supondrá ninguna gran pérdida para nuestra especie, pues no habría sido otra cosa que un idiota más haciendo idioteces.

EM Ariza

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es